

TIRAR LA TOALLA

Por JESÚS MESA ORAMAS

I. Introducción

El título de hoy sugiere como tema el deporte, en particular el boxeo, donde esta acción realizada por el asistente de uno de los contendientes constituye el reconocimiento de la superioridad del otro púgil y evita el castigo innecesario de su pupilo. Sin embargo, aunque no lo parezca, en la vida significa mucho más. ¿Lo duda? Le propongo que avance en la lectura.

II. De lo simple a lo complejo

Siguiendo el criterio anterior proveniente de la Filosofía y, para continuar en la esfera del deporte, le comento que en la misma existe otra situación donde también hay que *tirar la toalla*: la decisión de cuándo retirarse.

Ante la presencia de esa disyuntiva, si usted es amante del deporte, seguramente en múltiples ocasiones habrá pensado y/o comentado que fulano debía hacerlo, tomando en cuenta que su rendimiento actual dista de desempeños anteriores, a lo que se añade que las últimas imágenes son las más recordadas –no por gusto el nombre del director de un programa o película se coloca al final y sin acompañamiento–, lo cual en algunos deportes, como el beisbol, puede degradar indicadores relevantes alcanzados en el momento de esplendor. Pero... hay una vertiente más dramática aun: cuando una lesión ¡jimpone! el retiro en momento de buenos resultados.

Retorno a la valoración recogida en los párrafos anteriores. Comienzo por señalar que resulta indispensable comprender a la otra parte: el atleta. Ello resulta más fácil para todo aquel que, aunque solo haya practicado deporte medianamente organizado –atterrizado: aquella persona que sin llegar

al alto rendimiento tiene vivencias del bullicio del público, sus aplausos y porque no, su rechiffa cuando corresponde – se percata de cuán difícil es decir «*se acabó*».

Y es que *se acabó* significa una ruptura con un pasado de éxito en su mayoría y asumir el temido cambio hacia una nueva vida, donde las capacidades a desplegar serán otras con toda la carga de incertidumbre que ese hecho tiene asociada para la cual poco se nos prepara. Por ejemplo, en la literatura especializada acerca de Liderazgo, se habla extensamente en qué radica y en cómo llevarlo a cabo. Sin embargo, le sugiero busque y contabilice en esas mismas publicaciones las ocasiones que refiere cuándo salir o dejar el poder. Busque y se sorprenderá: no encontrar prácticamente **NADA**.

Llegado a este punto usted se habrá percatado que la situación **NO ES** privativa de la esfera deportiva, lo cual se refuerza en los siguientes contenidos que recogen una anécdota generalizadora.

En el entorno de 30 años atrás, conocí de este hecho. El familiar de un conocido al llegar a una edad avanzada decidió distribuir, anticipadamente a su partida hacia la presencia del Señor, una parte significativa de sus bienes, utilizando como criterio que la voluntad de muchas personas no era respetada en su totalidad si dicha entrega se realizaba posterior a su deceso.

Hasta aquí puede parecer un evento aislado, una curiosidad. No obstante cuando le diga que esa persona era ¡notario! con el consiguiente caudal de conocimiento de situaciones semejantes, puede establecerse la validez práctica de ese enfoque, que a esta altura es fácil relacionar con el concepto de *tirar la toalla*.

III. Entonces, ¿qué significa tirar la toalla?

El comienzo obligado para intentar responder con la mayor cantidad de matices la pregunta anterior es definir su contenido y alcance, que en este caso se corresponde con la siguiente sentencia: «*reconocer que ha llegado el momento en que NO disponemos de toda la capacidad –física y/o mental– para lograr los mismos resultados que en el pasado y debemos cambiar, total o parcialmente, nuestra actividad fundamental*».

Sin dudas metabolizar esa idea, a pesar de su casi segura ocurrencia en una o varias situaciones previas en diversas esferas de nuestra vida, no siempre se reconoce y se acepta en el plano de los sentimientos como un proceso lógico, por lo cual su impacto emocional será elevado. En términos beisboleros podría decirse: «tratar de batear un tenedor a 98 millas». ¡Durísimo! ¿Sí? Depende. ¿De qué? De utilizar el enfoque adecuado, a partir de esclarecer conceptos frecuente manejados, pero con alcance limitado.

IV. Mucho gusto. El gusto es mío

Como es conocido, uno de los requisitos indispensables para enfrentar cualquier exposición es hablar *un lenguaje común* que, traducido, quiere decir, establecer la acepción de los términos utilizados. Y como de elaborar estrategias fuertemente condicionadas por la impronta personal, adoptan un papel relevante las siguientes: preocuparse y ocuparse, términos estos que suelen utilizarse como sinónimos, aunque no es así.

Un ejemplo. En la primera parte de la última década del siglo anterior, una compañera de trabajo

me vio ensimismado y me preguntó la causa. Le dije que era una situación de salud de mi madre y ella me espetó: «¿*tú te ocupas?*». La respuesta fue un tajante “sí”. Entonces, dijo: «*no te preocupes*».

En ese momento comprendí la diferencia entre ambos conceptos. Preocuparse tiene el sentido y el valor de tratar de identificar anticipadamente situaciones o escenarios probables en el futuro (cercano o lejano), que de una u otra forma impactarán sobre nuestras vidas. Pero se queda ahí y ello lo limita como enfoque relacionado con la ocupación, que incorpora la acción consciente para mitigar o favorecer su impacto.

Ahora, para que el análisis resulte más abarcador es indispensable abordar otros tres términos del hablar popular: el pesimismo, el optimismo y, lamentablemente con menor frecuencia, la esperanza. En este momento la pregunta de orden: ¿qué puede haber de novedoso en esas conductas? Veamos.

Un primer aspecto es que comúnmente se identifica al pesimismo y al optimismo como opuestos. Y es cierto, pero en la práctica hay una *sutil* coincidencia de con-

ducta. El pesimista tiende a bajar los brazos, ya que después de todo, las cosas irán mal. Y eso conduce al inmovilismo, si no total, parcial. Por su parte, el optimista confía en el éxito y, como llegará; también tiene cierta tendencia a no accionar todo lo posible, pues *lo bueno sucederá*.

Todavía el abanderado de la esperanza la considera un préstamo a la felicidad y, como préstamo al fin, algo debe devolver. Por tanto, se siente compulsado a maniobrar para convertirlo en realidad lo antes posible.

Las afirmaciones anteriores permiten concluir que, al enfrentar una situación donde debemos *tirar la toalla*, la divisa (no monetaria, sino de conducta) debe ser la esperanza y como vía práctica para materializarla la perseverancia, capaz de suministrar la energía necesaria para convertirla en realidad. ¿Cómo?

A continuación le sugiero una alternativa, no como varita mágica, sino como ayuda metodológica para elaborar la propia.

V. ¿Qué hacer?

Una pregunta que puede proporcionar la pista es: ¿cuál es el mejor cumpleaños? Si es hombre puedo sugerirle el onomástico 65, pues en él tienen lugar dos eventos irrepetibles: a partir de cumplir el requisito de años de servicio puede jubilarse y en ese mismo mes recibirá su primer paquete de *lactosoy*, ambas señales inequívocas de que nuestra vida está cerca de requerir cambios en nuestros desempeños habituales.

Por tanto, en ese momento el punto de partida es asimilar que *se acabó NO* es el fin total, sino de una etapa y que, si se *tira la toalla* a tiempo, se puede lograr:

✓ Evitar los errores derivados de la presión interna que con seguridad están presentes y, por añadidura, disminuirán las facultades de decisión.

✓ Identificar un nuevo reto que permita aprovechar las capacidades disponibles al máximo, lo antes posible.

✓ Incorporar a nuestro inconsciente el hecho de que *no se puede vivir en la historia ni de ella*, pues *conocer historia no es saber lo que pasó, sino lo que va a suceder*.

Concluido este paso, elaborar un balance de lo cosechado. Esa reseña contribuirá a elevar la autoestima en un momento en que mucho se necesita, en tanto aquello no alcanzado, en no pocos casos puede convertirse en el *motor de arranque* para una nueva vida, es decir, el faro guía del nuevo camino.

Importante. En esta etapa de tránsito hacia otros desempeños es decisivo el apoyo de la familia, tanto para asimilar la nueva realidad como en la búsqueda de nuevas opciones viables en el menor tiempo posible.

VI. Consideraciones finales

De todo lo expuesto queda claro que *tirar la toalla* significa un cambio, por la manera de iniciarlo y comunicarlo, al tiempo que requiere de la aceptación de la realidad; y la búsqueda de nuevas rutas al alcance de la posibilidades reales actuales, que debe llevarse a cabo –es lo más difícil– en el momento adecuado.

